



MARIO ESCOBAR

SERIE APOCALIPSIS / II

Abadón

*de*

Lectulandia



La desaparición de varias jóvenes en la ciudad de Nueva Orleans aterroriza a sus habitantes. Priscila Serrano ha conseguido convertirse en una famosa investigadora de asesinos ritualistas; no obstante, este parece más bien un caso de secuestros. Ante la aparición de los primeros cadáveres, el FBI envía a Priscila a la ciudad, y esta llega acompañada de Ray Charles. La misión es descubrir al peligroso secuestrador y asesino.

Junto a las víctimas se han encontrado vestigios de ceremonias vudú. Se descubre también que todas las jóvenes desaparecidas eran vírgenes que pertenecían a una organización similar a los Niños Exploradores. Las cosas se complican cuando la detective averigua que el caso está relacionado con un antiguo escándalo de Nueva Orleans, el cual hasta el momento muchos interesados han tratado de ocultar. Durante la investigación, Priscila y Ray descubren que, de manera sobrenatural, el poder del mal se cierne sobre la ciudad.

**Lectulandia**

Mario Escobar

**Abadón**

**Apocalipsis-2**

ePub r1.0

fenikz 19.08.16

Mario Escobar, 2012

Editor digital: fenikz  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# Prólogo



LA joven comenzó a sudar en cuanto cruzó Mariners Cove Boulevard, en la zona de Eden Isle, en las proximidades de Nueva Orleáns. Su cabello rubio brillaba bajo el sol y su piel pálida comenzaba a enrojecerse por el calor. El impecable chándal rosa y sus brillantes deportivas Nike blancas le daban el aspecto de una saludable y hermosa chica del sur. Eva Lafayette estaba en forma, pero aquel día era especialmente caluroso, y a las siete de la mañana el sol ya brillaba con fuerza en toda la vega del río Mississippi. Aquella zona residencial era nueva y la mitad de sus casas estaban todavía deshabitadas, lo que daba al lugar un aspecto fantasmal, una ciudad del futuro, pero en la que todavía muy pocos habitantes de la vieja Nueva Orleáns se atrevían a asentarse. El huracán Katrina había ahogado los sueños de muchas personas en la vieja ciudad del sur, y el gran crecimiento de los primeros años del siglo XXI se había detenido en seco.

Algunos creían que el pasado supersticioso y la brujería eran los grandes lastres de aquella zona del país, pero alguien que viviera en la ciudad durante algún tiempo, enseguida se daría cuenta de que la pobreza y la ignorancia eran los verdaderos problemas de la vieja y hermosa Nueva Orleáns. En los últimos años, se habían incorporado a las viejas etnias criollas y negras de la ciudad un gran número de hispanos. Eva Lafayette era del pequeño grupo de privilegiados blancos que componían poco más del 20 por ciento de la ciudad y llevaban rigiendo los destinos de Luisiana más de doscientos años.

Eva nunca salía de las inmediaciones de la zona residencial; la gente blanca no se sentía segura en algunos sitios de Nueva Orleáns, pero aquel día todas sus precauciones no le iban a servir para nada. En cuanto enfiló Oak Harbor Boulevard, en dirección al campo de golf, sin saberlo marcó su destino.

Una camioneta Ford blanca se situó a unas ciento cincuenta yardas de ella, y su ocupante, tras asegurarse de que nadie le veía, se situó a su lado, abrió la puerta corredera lateral y la introdujo dentro, sin que ella pudiera reaccionar. Su vida acaba

de convertirse en un infierno para siempre.

# Capítulo 1



PRISCILA no aguantó más de una semana en Santo Domingo; después de visitar algunas zonas de la ciudad y ver a la familia decidió tomarse unas vacaciones en El Macao, lejos de las zonas de vacaciones con más aglomeraciones. Ella y su madre apenas habían hablado en aquellos primeros días, la casa siempre estaba llena de gente y ellas no paraban de visitar a familiares; por eso cuando Priscila le dijo a su madre que había alquilado un auto y que pasarían un par de semanas en un hotel, la madre se mostró reacia al principio y luego incrédula. Nunca había estado de vacaciones en toda su vida.

El hotel estaba enfrente de la playa; el mar de color turquesa brillaba en todo su esplendor y Priscila leía un libro en su iPad, mientras su madre paseaba a la orilla del mar. La joven estaba tan concentrada en su lectura que no se dio cuenta de que su madre estaba delante de ella, hasta que su sombra la cubrió por completo.

—¿Te vienes a pasear? —preguntó la mujer.

—Sí —contestó Priscila guardando la tableta.

Caminaron en silencio durante unos minutos, disfrutando del paisaje de arena blanca, hermosas palmeras y un mar de azules intensos. Entonces Priscila se giró hacia su madre, e intentando ser lo más cariñosa posible le preguntó:

—¿Por qué nos abandonó?

Juanita la miró con sus grandes ojos negros. Después agachó la cabeza como si los recuerdos le golpearan el rostro.

—No lo sé, ¿cómo puedes preguntarme una cosa así?

—Es muy largo de explicar, pero en mi último caso, la persona a la que perseguía parecía saber cosas de nosotras que nadie me había contado antes —dijo Priscila. Su voz parecía angustiada; aquellas semanas habían sido muy difíciles para ella.

—Es mejor no remover las cosas del pasado. Todos seremos más felices si miramos hacia delante. Ahora tienes un buen trabajo en Estados Unidos, has terminado tu carrera y encontrarás a un hombre con el que compartir el resto de tu

vida. Todo lo demás carece de importancia —comentó Juanita mirando a los ojos de su hija.

Priscila era consciente de que su madre no quería sacar el tema. Simplemente se puso de nuevo las gafas de sol y caminaron en silencio. Cuando regresaron a sus tumbonas, Priscila pudo ver que su teléfono parpadeaba. Comprobó que tenía una llamada perdida. Era extraño, pues aún le quedaban unos días de vacaciones. Llamó al teléfono de su compañero Ray, y cuando dio la señal respiró hondo. Por un lado estaba deseosa de regresar a la acción, pero por otro no quería soportar de nuevo todo ese estrés.

—Priscila, lamento interrumpir tus vacaciones —dijo al otro lado de la línea su compañero.

—No te preocupes, dime Ray —comentó Priscila más inquieta que intrigada.

—La jefa nos ha llamado para un caso importante en Nueva Orleans, al parecer un loco anda secuestrando jovencitas cerca de la ciudad —dijo Ray.

Priscila tardó unos segundos en contestar; no entendía para qué le pedían que se involucrara en un caso de secuestro. Su especialidad eran asesinatos en serie de tipo ritualista.

—¿Qué tenemos que ver nosotros con todo eso? —preguntó Priscila.

—Ese maldito secuestrador, después de retenerlas por un tiempo hace que sus cuerpos aparezcan de una forma grotesca, totalmente mutilados; la jefa cree que se trata de un asesino en serie ritualista —dijo Ray.

—Tomo el próximo avión para Miami —comentó la joven.

—Ok, sacaré unos billetes para Nueva Orleans. Acaban de secuestrar a la hija de un hombre importante de la ciudad y los ánimos están muy caldeados. Será mejor que nos pongamos con el caso cuanto antes —dijo Ray.

Tras colgar el teléfono, Priscila miró a su madre. La mujer no habló, pero en su rostro podía percibirse una mezcla de temor, frustración y tristeza. No quería que su hija se marchara, pero ella misma había elegido ese camino para ella. En Santo Domingo no tenía muchas oportunidades de desarrollarse plenamente.

—Tengo que irme —dijo Priscila.

—Por favor, actúa con prudencia. Esos crímenes son horribles, pero detrás hay una fuerza que no tiene nada que ver con la humana. Espero que Dios te proteja —dijo la mujer.

—Gracias, madre —dijo Priscila abrazándola.

Una hora más tarde, Priscila se encontraba en el aeropuerto. Su vuelo salía en media hora y ella tenía la misma sensación que cuando llegó a su país. Había sido elegida para cumplir una misión, una misión muy difícil, pero eso era exactamente lo que iba a hacer aunque tuviera que sacrificar toda su vida para conseguirlo.



## Capítulo 2



EL aeropuerto de Nueva Orleans era mucho más agradable de lo que Priscila había imaginado. Todavía tenía en la mente las imágenes del fatídico Huracán Katrina, y en cierto modo pensaba que la ciudad seguía medio destruida, pero la vieja y misteriosa Nueva Orleans había recuperado gran parte de su encanto sureño.

Ray llevaba una pequeña maleta de mano, pero ella arrastraba una gran maleta rosa, una mochila y su bolso. Parecían una pareja atípica de turistas que habían elegido la ciudad para pasar unos días de fiesta. La mayoría de los visitantes de la ciudad era esencialmente jóvenes y amantes del *jazz*, pero también muchos aficionados a lo esotérico y la brujería.

Alquilaron un auto y se dirigieron a la oficina del FBI en la ciudad, en el 2901 Leon C. Simon Boulevard. El edificio de ladrillo rojo parecía mejor conservado que la sede del FBI en Miami, aunque la Agencia de Luisiana era mucho menos importante.

Les recibió una amable agente llamada Tabita Jefferson, una hermosa joven de menos de veinticinco años. Tenía el cabello rizado, color azabache, unos grandes ojos negros rasgados y unos rosados labios siempre sonrientes. La joven les llevó hasta la oficina del jefe Charli Edward, un hombre muy mayor, a punto de jubilarse, de piel cetrina y profundas ojeras negras; estaba calvo, aunque conservaba algo de cabello canoso en las sienes.

—Gracias por venir tan rápidamente. Por favor, tomen asiento. Lo cierto es que teníamos el asunto controlado, pero los jefes de Washington insistieron en que les pidiéramos ayuda. Imagino que es por la última muchacha secuestrada. Eva Lafayette es una de las nietas de la familia más importante de la ciudad —comentó Charli.

Ray arqueó la ceja, aquel tipo de localismos le exacerbaban. Parecía que para muchos agentes lo único que importaba era su reputación, en lugar de la situación angustiosa de las víctimas.

—Nosotros obedecemos órdenes, y lo único cierto es que mientras estamos

hablando, ese sádico puede estar secuestrando a otra jovencita o matando a Eva — dijo Ray.

El jefe frunció el ceño. No estaba acostumbrado a que un simple agente le hablara de aquella manera; en los viejos tiempos la disciplina era lo más importante, y un comportamiento como aquel se hubiera considerado una infracción grave.

—Es la quinta chica secuestrada. Por desgracia han aparecido los cuerpos de las tres primeras, como si el asesino después de atrapar una nueva rehén se deshiciera de la anterior —dijo el jefe.

—Por lo que hemos leído en lo que nos mandaron, todas eran jóvenes de veinte años, blancas, cabello rubio, muy guapas y de la ciudad de Nueva Orleans —dijo Patricia.

—Sí, aunque las otras chicas en su mayor parte eran estudiantes de familias humildes, hasta el secuestro de Eva —dijo Ray.

Priscila se movió incómoda en la silla. Aquel asesino no era muy convencional. Los asesinos en serie en muy pocas ocasiones retenían a sus víctimas; actuaban de una manera demasiado impulsiva, como para que su víctima tomara rostro propio. Ellos preferían considerarlos pseudohumanos.

—El asesino ha enviado una serie de signos al *The Times Picayune*, a un periodista llamado Marcos Suárez —dijo el jefe.

—El único caso que se le asemeja un poco fue el del asesino del Zodiaco —dijo Priscila. Ray arqueó la ceja, parecía como si su compañera siempre tuviera que llamar la atención con sus conocimientos.

—Aunque el asesino del Zodiaco no retenía a sus víctimas —dijo Ray.

—También hay otros casos parecidos. Uno de ellos es el de Jeffrey Dahmer — dijo Tabita Jefferson.

—Es cierto; en ese caso el asesino retenía a sus víctimas, las mutilaba e intentaba destruir su voluntad, para convertirlas en esclavos sexuales. También está el caso de Ted Bundy, algunas de sus víctimas aparecieron meses más tarde —dijo Ray.

—Este tipo parece diferente. Los secuestros han sido muy seguidos, casi uno cada tres o cuatro días, los cuerpos aparecieron desfigurados al poco tiempo y los símbolos comenzó a enviarlos a la prensa hace apenas dos días. Todo es muy precipitado, como si tuviera prisa por encontrar algo —dijo el jefe.

Priscila le miró intrigada. Lo que Charli afirmaba era que aquel asesino mataba a sus víctimas porque no eran lo que él buscaba, y por eso salía a buscar una nueva.

—En este caso la selección de las víctimas es muy importante. ¿Tienen rasgos físicos parecidos? —preguntó Priscila.

—Sí, todas son muy parecidas, con el mismo color de ojos y de cabello, altura y complexión —comentó Tabita.

—¿Alguna afición común? —preguntó Priscila.

—Gustos y aficiones muy distintos —dijo el jefe.

—Tiene que haber algo —dijo Priscila.

Ray miró las fichas; si la idea de su compañera era correcta, tenían que encontrar la conexión.

—¡Creo que ya lo tengo! —comentó Ray.

El agente mostró algunas de las fotos personales de las chicas. Todas llevaban de pequeñas el uniforme de algún tipo de *boy scout*.

—Las chicas pertenecieron a las *boy scout* —dijo Priscila.

—Ese no es el uniforme de las *boy scout*, debe tratarse de otro grupo —afirmó el jefe.

—Da igual, lo importante es que hemos encontrado el nexo —dijo Priscila.

—¿Y ahora qué? —preguntó el jefe.

—Necesito ver a ese periodista y analizar los símbolos. El asesino actuó hace dos días, me temo que tenemos menos de veinticuatro horas antes de que vuelva a actuar —dijo Priscila.

—A no ser que haya encontrado la candidata perfecta —dijo Ray.

—Eso al menos le detendría por algún tiempo, pero me temo que lo que busca ese asesino no existe. Únicamente está dentro de su cabeza —contestó Priscila.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —dijo Ray.

Los dos agentes se dirigieron a la puerta, pero antes de salir del despacho del jefe este les advirtió:

—No pueden actuar solos, tendrán a Tabita con ustedes las veinticuatro horas. Esa fue la condición que puse a los jefazos de Washington.

Ray miró de arriba a abajo a la chica. Ya era suficiente suplicio tener que cuidar de Priscila; ahora le tocaría ser la niñera de otra novata. Tabita les miró sonriente y comenzó a seguirles por el pasillo.

—Ahora vamos al hotel —dijo Ray a la joven, y después añadió: Luego comeremos algo, si quiere le podemos llamar cuando nos dirijamos al periódico.

—No, les acompañaré. No me importa esperar en el vestíbulo del hotel mientras se asean un poco. Después les llevaré a un buen restaurante con las especialidades de la ciudad. En Nueva Orleans nos gusta ser muy hospitalarios con nuestros invitados —dijo la joven con una sonrisa.

Cuando salieron a la calle, el pegajoso calor de la ciudad les envolvió por completo. Aquel no era su terreno. Los cazadores pueden verse cazados cuando desconocen el lugar en el que están. Por eso debían andar con pies de plomo, pensó Ray mientras Tabita arrancaba el auto.

## Capítulo 3

EL periodista Marcos Suárez era un apuesto colombiano de treinta años. Su cabello castaño y sus grandes ojos marrones destacaban en sus varoniles rasgos. El periodista les había citado en pleno Barrio Francés, en la calle Bourbon en un local en el que se podía escuchar el mejor *blues* de la ciudad. Cuando les vio entrar se puso en pie; era bastante alto y delgado, vestía con un fino traje de lino blanco que resaltaba aún más su piel morena.

—Agentes, un placer conocerles. Bienvenidos a Nueva Orleans —dijo Marcos.

—Muchas gracias, aunque cada vez que alguien nos da la bienvenida a Nueva Orleans, es para después decirnos que es mejor que nos larguemos —bromeó Ray.

—Típica amabilidad sureña —bromeó Marcos.

—Bueno, señor Suárez, al parecer ha recibido una especie de símbolos del presunto asesino —dijo Priscila. Después de hablar se escuchó tan tajante y ofensiva que se ruborizó.

—Veo que prefieren ir al grano. Creía que los de Miami no eran tan directos —comentó Marcos.

—Disculpe, creo que he perdido mis buenos modales de Florida —dijo Priscila.

El periodista la miró con sus grandes ojos marrones y ella pensó que nunca nadie le había mirado antes de aquella manera. Después sacó unas hojas y las puso sobre la mesa. La atención de la joven se centró rápidamente en aquellos grabados dibujados a mano. Eran tres distintos. El primero era una cruz roja templaria con una flor de Lis amarilla en su interior. El segundo consistía en el escudo y águila de Estados Unidos dentro de una gran flor de Lis, y el tercer símbolo era un círculo alado con una cruz templaria en el centro.

—Están hechos a mano, y como comprobarán, se trata de símbolos de los *boy scout* —dijo Marcos.

—¿Las chicas pertenecían a los *boy scout*? —preguntó Priscila.

—No consta que perteneciesen, pero sí a algo similar que se hacía en sus iglesias

—dijo Marcos.

—¿Sus iglesias? —preguntó Priscila.

—Al parecer todas ellas eran miembros activos de las iglesias católicas a las que pertenecían. Como sabrán, la religión mayoritaria en la ciudad es el catolicismo, aunque la más practicada es el vudú —dijo Marcos.

—Una práctica ocultista que según algunos es muy peligrosa y produce todo tipo de crímenes violentos —comentó Priscila.

Marcos la miró sorprendido; no le parecía muy profesional la manera de tratar al vudú.

—Lo cierto es que simplemente se trata de una religión traída desde África por los esclavos negros. La palabra vudú proviene del francés *Bondye* o buen Dios. Su forma de relacionarse con el otro mundo es a través de loas, una especie de dioscecillos. Para entrar en contacto con estos guías sacrifican animales, toman alcohol y fuman, pero eso no significa que se trate de asesinos potenciales —dijo Marcos.

—No dudo de que la mayoría no deben ser peligrosos, pero hay muchos casos de fanáticos... —dijo Priscila.

—Fanáticos los hay en todas las religiones. ¿No hay muchos asesinos en serie que vienen de familias muy religiosas? —preguntó Marcos interrumpiendo a la agente.

—No hemos venido a discutir sobre ese tema —dijo Tabita; después tomó los símbolos y lanzó una pregunta al periodista—. Entonces, son símbolos de los *boy scout*, pero ellas no pertenecieron a la rama principal. ¿Es eso cierto?

—En los años sesenta, a raíz de los enfrentamientos raciales, algunos blancos decidieron crear un grupo aparte de los *boy scout*, ya que en la organización comenzó a debatirse la posibilidad de que sus miembros fueran admitidos fueran de la raza que fueran. Las buenas familias de la ciudad creyeron que muchos negros entrarían en los *boy scout* y estarían en contacto con sus hermosas y rubias hijas, por eso crearon un grupo aparte —dijo Marcos.

—Todas ellas formaban parte de ese grupo —dijo Tabita.

—Además, el asesino dejó símbolos del grupo, como si estuviera buscando a una chica que cumpliera con una serie de requisitos. ¿Cuáles son los valores de ese grupo? —preguntó Ray.

—Los he sacado de la Internet, yo nunca pertenecí a un grupo de estos —dijo Marcos. Después comenzó a leer en su tableta:

—El honor de un *scout* está en ser digno de confianza.

—Un *scout* es leal al Rey, su país, sus dirigentes, sus padres, sus empleadores y subordinados.

—El deber de un *scout* es ser útil y ayudar a los demás.

—Un *scout* es un amigo para todos y un hermano para todos los demás *scouts* sin distinción de país, clase o credo al que pertenezcan.

—Un *scout* es cortés.

—Un *scout* es amigo de los animales.

—Un *scout* obedece órdenes de sus padres, guía de patrulla o dirigente sin cuestionar.

—Un *scout* sonríe y silba ante todas las dificultades.

—Un *scout* es ahorrativo.

—Un *scout* es limpio en pensamiento, palabra y obra.

—Todo un decálogo de buenas costumbres —bromeó Ray.

Marcos hizo una mueca e intentó ignorar los comentarios del agente.

—Los tres primeros cadáveres aparecieron de forma diferente, pero con unos rasgos comunes. Las chicas estaban desnudas, mutiladas y en sus cuerpos había los grabados que el asesino mandó a mi periódico —comentó Marcos.

—¿Alguna cosa más? —dijo Ray.

—Bueno, otra cosa curiosa en este caso es que las chicas no fueron violadas —dijo Tabita.

—Es muy extraño en este tipo de casos. Muchas veces los asesinos quieren secuestrar a las chicas para violarlas y cumplir sus fantasías sexuales —dijo Priscila.

—Además se da la particularidad de que todas ellas eran vírgenes —comentó Tabita.

—¿Vírgenes? —preguntó Ray extrañado.

—Sí, llevaban su anillo de compromiso de mantenerse vírgenes hasta el matrimonio —comentó Marcos.

Aquel dato cambiaba muchas cosas. Priscila había estudiado casos de asesinos en serie que buscaban la pureza de sus víctimas, y también era muy común los asesinos que mataban a prostitutas, creyendo que con ello limpiaban al mundo del pecado.

—El patrón es que sean vírgenes. No creo que ellas pertenecieran a los *boy scout*, pero el asesino sí. Está buscando ese modelo de virtud en las jóvenes y cuando ve que no lo cumplen, las mata y sigue buscando —dijo Priscila.

—Eso tiene sentido —dijo Marcos.

—Debemos investigar a todos los hombres de 17 a 40 años que estuvieron en ese grupo de exploradores —comentó Ray.

—Eso puede llevarnos semanas, deben ser centenares o miles —dijo Tabita.

—Aunque lo peor de todo es que el asesino no tardará en buscar una nueva presa y matará a la joven que tiene secuestrada —comentó Priscila.

Marcos buscó unos segundos algo en su tableta, después miró a los agentes con una sonrisa en los labios.

—Hay una manera de dar con él de forma rápida —dijo el periodista.

—¿Cómo podemos dar con el asesino? —preguntó Priscila.

—Necesito hacer una llamada antes de poder explicarles la manera —dijo Marcos misterioso.

La agradable mañana había dado lugar a una bochornosa tarde, cuando los primeros compases de *blues* sonaron en el local; el suave viento del Mississippi comenzó a mecer los árboles, como si el tiempo se hubiera detenido y lo único que



importara fuera escuchar los sonidos desgarradores del alma de Luisiana.

## Capítulo 4



LA noche en Nueva Orleans tiene algo de misteriosa y prohibida. Poco a poco te envuelve en su manto de oscuridad y apenas recuerdas quién eras antes de llegar allí, pensó Priscila mientras caminaba con su compañero Ray por una de las zonas más conocidas del Barrio Francés. Tras dejarles para arreglar un asunto, Marcos les había citado en una vieja tienda que vendía artículos de brujería para hacer vudú.

La tienda estaba iluminada en el exterior por unos fluorescentes adornados con plásticos transparentes de colores, lo que amortiguaba la luz hasta convertirla en una especie de tenue penumbra. Priscila miró por la puerta acristalada antes de entrar en la tienda. Aquel lugar tenía un aspecto sórdido, repleto de estanterías metálicas en las que se podía ver todo tipo de objetos. Botellas con elixires que prometían desde conseguir un amor imposible hasta espantar el mal de ojo, además de fetiches, collares y todo tipo de símbolos mágicos. También diosillos y muñecos hechos con paja y otros materiales, talismanes, gemas y libros sobre el tema de la brujería.

Detrás del mostrador había una mujer negra, muy gruesa, de edad indefinible, porque parecía muy vieja pero al mismo tiempo conservaba cierta viveza en la mirada y fuerza física. Les miró detenidamente, y antes de preguntarles qué querían, escuchó que sonaba de nuevo la campanilla de la puerta.

—Hola Candice, he traído unos amigos para que les hables de ese ritual de vudú para jóvenes vírgenes —dijo Marcos.

La mujer le miró muy seria, después encendió un gran puro y salió de detrás del mostrador.

—Lo que me pides es muy peligroso. Ese ritual es muy antiguo, viene de nuestros antepasados africanos, pero las loas que pueden hacerlo son muy oscuras —dijo la mujer bajando el tono de voz, como si sus espíritus guías pudieran escucharle.

—No quiero que hagas el ritual, Candice, simplemente te pido que nos expliques en qué consiste —comentó Marcos.

La mujer frunció el ceño, pero al final se dirigió a la puerta, la cerró con llave y

les pidió que entraran en la trastienda. Aquel lugar olía a humedad, incienso y humo de tabaco. La sala era diáfana, había unos sillones pegados a la pared pero la parte central estaba despejada, dejando a la vista el piso de cemento.

—Siéntense —dijo la mujer.

—Gracias —dijo Priscila.

—Bondye, el señor del mundo sobrenatural, a veces pide ciertos sacrificios. Esos sacrificios únicamente pueden realizarlos los Cantor, que son las loas más poderosas de todas —dijo la mujer.

—¿En qué consiste el ritual? —preguntó Marcos.

Priscila no dejaba de jugar con su colgante, una pequeña cruz de madera que le había regalado su madre antes de enviarla a Estados Unidos. Aquello le ponía los pelos de punta; en Santo Domingo había mucha brujería, y su madre y su tía le habían prevenido contra ella. En los últimos años no había dejado de pensar que todo aquello no eran más que supersticiones, pero el último caso del «Asesino de la Iglesia» había aumentado aún más sus dudas. ¿Existía realmente un mundo espiritual en el que se fraguaba una batalla invisible para el ojo humano? ¿Por qué ese mundo invisible se hacía en tan pocas ocasiones visible?

—El ritual viene de una antigua leyenda africana. Según la leyenda, cuando los dioses vivían en la tierra, la raza humana se desvió de la verdad; desde entonces la loa Simbi Dlo, la serpiente marina, ha buscado dominar la tierra y al hombre —dijo la mujer.

—¿Cómo pretende hacerlo? —preguntó Marcos.

—Necesita un hijo, lleva siglos buscando a una mujer que le dé un hijo, pero eso no es suficiente; además tiene que sacrificar a la virgen perfecta, para que el hijo reciba el poder de la serpiente —dijo la mujer.

—Esa historia me recuerda a un texto de Apocalipsis —dijo Priscila con voz entrecortada. Apenas se atrevía a hablar delante de aquella sacerdotisa.

—¿Hablas de la mujer y el dragón? —preguntó la mujer mirando fijamente a los ojos a la agente.

—Sí, en Apocalipsis capítulo 12 se menciona a una mujer y un dragón —comentó Priscila, después sacó su iPad y comenzó a leer:

Luego apareció en el cielo una gran señal: era una mujer vestida del sol, con la luna bajo sus pies y sobre la cabeza una corona de doce estrellas. Estaba encinta y gritaba con dolores de parto, pues ya se aproximaba el momento del alumbramiento. Apareció luego otra señal en el cielo: un enorme dragón rojo que tenía siete cabezas y diez cuernos, y una diadema en cada cabeza.

Con la cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojó sobre la tierra; y en el mismo instante en que la mujer iba a dar a luz, el dragón se detuvo frente a ella para devorar al niño tan pronto naciese.

La mujer dio a luz un hijo varón que gobernará a las naciones como con vara de hierro; pero se lo arrebataron para Dios y su trono.

Entonces huyó la mujer a refugiarse en el desierto. Allí Dios le había preparado un lugar donde ser sustentada durante mil doscientos sesenta días.

Después de esto se libró en el cielo una gran batalla. Miguel, y los ángeles a sus órdenes, combatieron al dragón, que luchaba asistido por sus propias huestes de ángeles; pero estos fueron vencidos y expulsados definitivamente del cielo.

Y aquel gran dragón, aquella serpiente antigua llamada diablo y Satanás, la cual engaña al mundo entero, fue arrojado a la tierra junto con todo su ejército de ángeles.

Oí entonces una voz poderosa que proclamaba en el cielo: ¡Ahora ha llegado la salvación y el poder, el reino de nuestro Dios y la autoridad de su Cristo; porque el acusador de nuestros hermanos, el que día y noche los acusaba delante de nuestro Dios, ha sido expulsado del cielo!

Ellos lo vencieron por la sangre del Cordero y por el testimonio que dieron despreciando su propia vida hasta la muerte.

Pero ¡ay de la tierra y del mar, porque el diablo ha bajado contra vosotros rebosante de ira, porque sabe que le queda poco tiempo!

Cuando el dragón se vio arrojado a la tierra, corrió en persecución de la mujer que había dado a luz al niño. Pero se le dieron a la mujer las dos alas del águila gigante, y con ellas voló hasta el lugar que Dios le había preparado en el desierto, para ser allí sustentada y protegida contra la furia de la serpiente durante tres años y medio.

La serpiente arrojó por la boca un inmenso caudal de agua, para que, fluyendo como un río en pos de la mujer, la arrastrase la corriente; pero en ayuda de la mujer vino la tierra, que abrió su boca y se tragó el caudaloso río arrojado por el dragón. Entonces, en el colmo de su ira, el dragón se fue a hacer la guerra a los que quedaban de la descendencia de la mujer, los que cumplen los mandamientos de Dios y dan testimonio de Jesucristo. Y se detuvo el dragón sobre la arena del mar.

—En ese texto se habla de una mujer embarazada, no de una virgen —comentó Marcos.

—En nuestras leyendas, cuando Simbi Dlo consiga tener un hijo, este dominará la tierra —comentó la mujer.

—¿Qué ritual se necesita para investirlo de poder? —preguntó Marcos.

—El sacrificio de una virgen perfecta, una mujer inocente que nunca haya estado con un hombre y que personifique la pureza —comentó la mujer.

—Eso es lo que está haciendo el asesino. Busca a esa mujer —comentó Ray.

—Pero eso no tiene sentido —dijo la mujer.

—¿Por qué? —preguntó Priscila.

—Si eso es cierto, significaría que Simbo Dlo ha conseguido engendrar en una mujer y que su hijo tiene cuarenta años y está muy cerca de conseguir el poder —dijo la mujer.

—¿Está hablando del Anticristo? —preguntó Priscila sorprendida.

—Nosotros no lo llamamos de esa forma, pero no difiere mucho de las intenciones del hijo de Simbo Dlo. Si ha logrado traer a su hijo a la tierra, la

humanidad sufrirá uno de los periodos más oscuros de su historia —dijo la mujer, sin poder disimular su horror.

Una extraña atmósfera invadió la sala, la mujer comenzó a moverse inquieta en el sillón, después su cuerpo tembló, como si le sacudiera alguna corriente eléctrica, y sus ojos se pusieron en blanco.

—¿Qué sucede? —preguntó aterrorizada Priscila.

—Las loas quieren decirnos algo —dijo Marcos.

Las convulsiones arrojaron a la mujer al piso; no paraba de dar vueltas hasta que se puso de rodillas, y dirigiéndose a la joven le dijo con una voz terrorífica:

—No te metas en mis asuntos, mujer. Nadie puede detener el destino, esas chicas deben morir y nada me detendrá. Es necesario que se cumplan las profecías —dijo la mujer, después se desplomó en el piso en medio de convulsiones y sudando.

Marcos intentó sacarle de su trance, pero fue inútil, la mujer seguía fuera de sí.

—Llaman a un médico —dijo Marcos.

Ray tomó su teléfono y marcó el número de urgencias. La mujer no dejaba de temblar y comenzó a echar espuma por la boca. El periodista intentó sujetarle la boca para que la mujer no se mordiera la lengua o se la tragara. El rostro de la mujer comenzó a ponerse morado, como si algo estuviera asfixiándola. Después se detuvo de repente y dejó de moverse.

—¿Estás bien, Candice? —preguntó Marcos, pero la mujer no respondió. Le tomó el pulso, pero su corazón había dejado de latir.

Los tres se miraron atónitos, todos habían notado aquella presencia, escuchado la voz y visto el estado de la mujer, pero no podían creer que todo aquello fuera real. No estaban preparados para enfrentarse al mal en estado puro; lo único que podían hacer era ignorar todo aquello y centrarse en encontrar al asesino. La vida de al menos una joven estaba en peligro, y ellos eran los únicos que podían detener aquel macabro ritual.

## Capítulo 5



TABITA fue la primera en llegar. Se encontraba cerca de allí, apenas vivía a unas manzanas de distancia. En cuanto vio el cadáver de la dueña de la tienda lo examinó brevemente y después miró muy seria a sus compañeros.

—¿Qué ha sucedido? Creía que estaba todo bajo control; si se entera el jefe que les he dejado solos, termina conmigo —dijo Tabita.

—Aunque hubieras estado aquí, no habrías podido evitarlo —dijo Ray.

—La mujer sufrió un ataque cardiaco, entró como en trance durante un tiempo y al parecer su corazón no pudo resistirlo —dijo Marcos.

Tuvieron que dejar el cuerpo hasta que llegó el forense. Era más de media noche cuando regresaron al hotel, y se encontraban agotados y hambrientos. Ray y Priscila decidieron tomar algo en la cafetería del hotel, pues el restaurante ya estaba cerrado.

Mientras comían unos pequeños sándwiches, Priscila no dejaba de dar vueltas al asunto.

—Tienes que relajarte, si te metes tanto en los casos terminarás por volverte loca. Hay momentos en que es mejor desconectar —dijo Ray mientras comía su sándwich.

—No puedo pensar en otra cosa. Esa mujer murió hablando con una voz espeluznante, como si estuviera poseída —comentó Priscila. Todavía se sentía conmocionada por lo que había ocurrido, y las imágenes le volvían una y otra vez a la mente.

Ray tomó un sorbo de su refresco e intentó pensar una respuesta plausible. Él también había visto aquello y se le habían puesto los pelos de punta, pero no cabía duda de que se trataba de algún tipo de enfermedad mental. Nuestro cerebro es una mente demasiado compleja para que comprendamos todas las cosas que es capaz de hacer, pensó Ray.

—Esto debe de tener alguna explicación, esa mujer no estaba en sus cabales. Simplemente sufrió algún tipo de ataque de histeria —dijo Ray.

—Se dirigió directamente a mí, ¿lo oíste? Creo que este caso tiene relación



también con el Apocalipsis, como el caso de Miami —dijo Priscila, y después miró a los ojos de su compañero. Quería ver su reacción.

Los fríos ojos de Ray respondieron sin palabras a la joven. Él no estaba dispuesto a creer en todas esas bobadas del fin de los tiempos, el mundo espiritual y la lucha entre ángeles y demonios. Todo aquello estaba muy bien para series de televisión o programas estrafalarios después de media noche, pero él era un agente del FBI, y le habían enseñado que lo único que debía creer era lo que mostraban las pruebas.

—Puede que ese loco también esté obsesionado con el fin del mundo; en los tiempos que corren no tiene nada de extraño —dijo Ray.

—Piénsalo bien. Las jóvenes vírgenes, el dragón o la serpiente. Está buscando la víctima propicia para su ceremonia. Una especie de ritual que dará poder al Anticristo —dijo Priscila.

—¿Crees que el Anticristo está en la tierra? Estás más loca de lo que pensaba —dijo Ray, entornando los ojos.

—Imagina que fuera cierto, entonces no estaríamos evitando únicamente que una joven más muriera; lo que estaríamos impidiendo es la llegada del Anticristo —comentó Priscila.

—Es la idea más absurda que he oído en todos mis años como agente. Será mejor que nos vayamos a dormir, creo que necesitas un buen baño y un poco de descanso —dijo Ray levantándose de la mesa.

Mientras se dirigían en silencio hasta la habitación, Priscila seguía pensativa, como si el rechazo de plano de su compañero no terminara de convencerla. Cuando Ray se despidió y entró en su habitación, ella continuó por el largo pasillo. No había andado veinte pasos, cuando la luz se apagó. Su corazón se aceleró y un escalofrío le recorrió la espalda. Notó el peso de la cartuchera debajo de la chaqueta y eso la tranquilizó un poco, pero acto seguido percibió una presencia, como si alguien caminara en silencio a su lado. Un susurro le llegó al oído, apenas pudo escucharlo. Corrió hasta la puerta, la abrió con manos temblorosas y cerró dando un portazo. Después se sentó en el suelo llorando.

—Dios mío, ayúdame —dijo mientras escuchaba cómo algo o alguien seguía murmurando al otro lado de la puerta.

Cuando las voces cesaron, se acercó a la cama y se acostó vestida. Se hizo un ovillo e intentó pensar en otra cosa. Entonces se acordó de una vieja canción que le cantaba su madre todas las noches. Un viejo himno, que ya no se cantaba en las iglesias. Comenzó a tararear la letra, hasta que notó que una especie de sensación de paz invadía su cuerpo. Sus labios tarareaban una y otra vez la canción, como si el simple sonido de la música tuviera poder para combatir a la oscuridad.

## Capítulo 6



EL cuerpo de Eva apareció aquella mañana cerca del lago Pontchartrain. La joven estaba totalmente desnuda, tenía pequeños cortes en los brazos, las piernas, el pecho y el rostro. Su piel rosada parecía grisácea cuando Priscila y Ray se acercaron a examinar el cuerpo. Tabita llevaba en el lago desde primera hora de la mañana.

—¿Quién lo ha encontrado? —preguntó Ray mientras se colocaba la chaqueta. Era la primera vez que había sentido algo de frío desde que había llegado a la ciudad.

—Unos pescadores. Calculo que debe de llevar aquí dos o tres horas. El secuestrador no tardará en actuar, pero no podemos hacer nada para evitarlo. Existen centenares de candidatas. Mis colaboradores han encontrado casi quinientas. Les he enviado el archivo en un correo electrónico —dijo Tabita, mientras se ponía en pie.

Priscila se acercó al cuerpo y lo examinó por encima. Era una joven muy guapa, de formas perfectas y fino cutis. Le entristeció ver muerta a alguien en la plenitud de la vida. Hasta ahora, la mayoría de las víctimas que había visto eran hombres mayores, con cuerpos deformes. Había algo contradictorio entre la muerte y la belleza, como si la primera perdiera fuerza ante la segunda.

—Las chicas tienen que tener algún rasgo en común además de ser rubias, haber estado en los *boy scout* y ser católicas —dijo Priscila.

—No veo nada especial. Ninguna cosa que las relacione —dijo Ray.

La agente intentó mirar con sus ojos interiores; muchas veces dejamos de ver lo evidente porque estamos intentando encontrar cosas ocultas, pensó mientras sacaba su iPad.

—¿Cómo podemos saber si estas chicas acudieron juntas a un campamento? Tienen una edad parecida, han pertenecido a los *boy scout* o una de sus ramas, seguro que hay un campamento en el que coincidieron —dijo Priscila.

—Busca las actividades de los *boy scout* en la zona. Visitaremos la oficina de los *boy scout* en la ciudad, tal vez ellos puedan ayudarnos —dijo Ray.

Priscila guardó de nuevo su tableta después de hacer unas fotos con ella; después

se aproximó más al cuerpo, y sin dejar de examinarlo dijo:

—¿Cuál es la causa de la muerte?

—Envenenamiento. Al parecer el secuestrador la mató con curare, un veneno paralizante —dijo Tabita.

—¿Lo mismo que usan los indios en sus puntas de flechas? —preguntó Ray.

—El mismo —dijo Tabita.

—¿El resto de las chicas murieron de la misma forma? —preguntó Priscila.

—Lo cierto es que hasta ahora estábamos desconcertados. Habíamos encontrado el veneno en la sangre, pero creíamos que era tan solo para paralizarlas; ahora sabemos que las mata con eso —dijo Tabita.

—Eva también era virgen, ¿verdad? —preguntó Priscila.

—No lo era. En este caso le falló la intuición al secuestrador, aunque es cierto que la joven parecía un miembro muy comprometido de su iglesia —dijo Tabita—. El forense estuvo aquí hace una media hora y ya me ha enviado algunos resultados de sus análisis. Se los envió al correo electrónico. El resto del informe estará esta tarde —dijo Tabita.

Priscila esperaba que su suposición fuera correcta. Si lograban encontrar el hilo que unía a las cinco víctimas, sabrían cuál era el modelo de víctima que el secuestrado buscaba. La cuarta también había sido encontrada muerta unas horas antes, lo que significaba que el asesino había secuestrado a alguien nuevo o estaba a punto de hacerlo.

Tan pronto estuvieron en el auto, Priscila contactó con el superintendente de los *boy scout* en la ciudad. El superintendente se interesó enseguida en el caso y les citó para aquella misma mañana. No tardaron mucho en llegar al South Interstate, 10 Service Road West. El edificio de los *boy scout* era bastante grande. Un edificio de hormigón y cristal de una única planta, con un pequeño estacionamiento jalonado de cipreses.

Entraron en el amplio vestíbulo y se dirigieron directamente al mostrador de información. En cuanto se presentaron, la recepcionista les pidió que la siguieran. El presidente ya les estaba esperando en el amplio despacho. Era un hombre blanco, con algo más de sesenta años, y vestía con un traje gris y una corbata azul. Su rostro surcado por numerosas arrugas parecía la antítesis de un programa dedicado a los jóvenes.

—Gracias por recibirnos tan rápido —dijo Priscila mientras saludaba al hombre.

—Cuando me contaron lo que sucedía me quedé preocupado. No quiero que un loco ande por ahí matando a exmiembros de nuestra organización —dijo el hombre con un pesado acento del sur. Arrastraba las palabras, como si nunca fuera a terminarlas por completo.

—Las chicas pertenecían a una sección separada de los *boy scout* —dijo Ray.

—Lo cierto es que a partir de los años setenta, cuando comenzó a aceptarse a miembros de diferentes razas, un grupo de iglesias creó una organización segregada

de los *boy scout*, pero hace un par de años volvimos a unirnos. Gracias a eso, tenemos todos los archivos de la otra organización —dijo el presidente.

—Pues esa información puede salvar vidas. Necesitamos que averigüen a qué campamento fueron estas chicas y cuáles fueron sus monitores —dijo Ray, pasando el listado al presidente.

El hombre se comunicó con su secretaria por el interfono. Ella entró en el despacho y tomó la lista.

—Por favor, necesito saber a qué campamentos fueron estas chicas, quiénes fueron sus monitores y toda la información que tengamos sobre ellos —dijo el presidente.

Cuando se quedaron solos de nuevo, Priscila intentó sacar más información al hombre. A veces en las organizaciones ocurrían cosas que se ocultaban a la opinión pública, pero que podían ser de gran utilidad en una investigación de ese tipo.

—¿Sabe si hubo algún tipo de escándalo hace algunos años? Puede que el tipo que está haciendo esto fuera expulsado de su organización —dijo Priscila.

—Antes de que llegaran he mirado los archivos de aquella época, yo no era presidente en ese momento pero pertenecía a la organización. Personalmente no recuerdo nada, pero sí he encontrado un caso curioso.

El hombre les extendió una noticia de periódico impresa. Priscila la leyó brevemente.

—Un escándalo por abusos sexuales ocultados por los *scout* —dijo la joven sorprendida.

—Sí, fue hace unos años; el monitor fue expulsado, nunca se probó nada contra él, pero varias niñas le denunciaron —comentó el presidente.

—¿Cuál es el nombre verdadero del monitor? —preguntó Ray.

—Bueno, el nombre es Clark Madison —dijo el presidente leyendo en su computadora, y después continuó repasando el historial del monitor—: En ese momento tenía veinte años, era miembro de una iglesia católica San Patricio en el 720 de la calle Camp.

—¿No tiene su dirección personal? —preguntó Ray.

—No, lo que facilitan los monitores son las parroquias. Tendrán que buscarle por su cuenta. No les he ofrecido nada, ¿quieren tomar un refresco? —preguntó el presidente.

Los dos agentes asintieron; el frescor de la mañana se había convertido en un calor sofocante, el edificio no tenía aire acondicionado o lo tenía desconectado. A los pocos minutos regresó la secretaria con la lista de campamentos a los que habían acudido al menos tres de las cinco chicas.

—Les dejo la lista —comentó la secretaria, y después añadió—: fíjense que les he puesto los años en los que las chicas tenían once, doce y trece años.

—Muchas gracias —contestó Priscila.

—Espero haberles sido de ayuda —dijo el presidente poniéndose en pie.

—Sí lo ha sido —dijo Ray.

—Por favor, les pido que no difundan que las chicas eran miembros de los *boy scout* hasta que se compruebe que tiene relación con el caso —dijo el presidente.

—Lo que investigamos es información confidencial —dijo Ray.

Cuando salieron del edificio y entraron en el auto notaron el espeso calor de su interior. Ray puso en marcha el aire acondicionado y Priscila repasó la lista.

—Son diez personas incluyendo a Clark. Ya sabes la máxima de la navaja de Ockham —dijo Priscila.

—¿La navaja de quién? —preguntó Ray.

—Un filósofo medieval llamado Ockham afirmaba que la explicación más simple y suficiente es la más probable. Un tipo es acusado de abusos sexuales y expulsado de los *boy scout*; diez años más tarde se venga de las niñas que le acusaron, ya fuera injusta o justamente.

—Entonces, si encontramos la denuncia y las niñas que le acusaron, podremos probar que es culpable —dijo Ray.

—Exacto. Eso es lo que yo pienso —dijo Priscila.

—Pues vayamos a la oficina del FBI, seguro que Tabita puede echarnos una mano. No creo que esa información esté libre en la red —dijo Ray.

Arrancaron el auto y se dirigieron de nuevo la oficina central en la ciudad. El tráfico era denso a aquella hora, pero nada que ver con la ciudad de Miami. Nueva Orleans seguía siendo un fantasma de sí misma. En algún lugar de las zonas residenciales abandonadas, de las zonas arruinadas por el huracán y la crisis, un tipo buscaba a su próxima víctima. A no ser que ellos llegaran esta vez a tiempo.

## Capítulo 7



TOMARON un breve almuerzo mientras revisaban los archivos; las computadoras de los juzgados del condado se habían estropeado con el huracán Katrina y nadie se había molestado en volver a informatizar ese material. Tuvieron que acudir al archivo y buscar todas las acusaciones de aquel año. En la prensa se había omitido el nombre de la chicas para salvaguardar su intimidad.

Tabita estaba trayendo unos cafés, cuando de repente Priscila pegó un grito:

—¡Lo tengo!

Ray y Tabita se acercaron a la joven que había dejado la acusación sobre una desgastada mesa de madera. La archivera les pidió que hicieran menos ruido y los tres bajaron la cabeza, para buscar los nombres de las chicas.

—Tenías razón. Todas ellas aparecen en el informe. Pero hay dos nombres nuevos. Alice Young y Margaret Power —dijo Ray.

—Tenemos que dar con ellas cuanto antes —dijo Priscila.

Tabita les llevo con el auto oficial hasta el edificio del FBI. Buscaron en la base de datos de residentes de Nueva Orleans. Alice Young vivía en la zona de Estelle, en Crestwood Drive. La otra joven en el Barrio Francés, cerca de la plaza Jackson en la calle Chartres.

—¿A cuál nos dirigimos primero? —preguntó Priscila.

—Es una decisión difícil; lo mejor es llamar a las dos chicas, al menos estarán prevenidas, y después mandar dos autos patrulla para que las protejan. Acudiremos primero a ver a Alice Young —dijo Ray.

Lograron dar con sus celulares y ponerse en contacto con las chicas. Al parecer la primera se encontraba en su casa, pero Margaret no estaba en su domicilio, por lo que pidieron que se acercara a la comisaría más cercana y después les llamara.

Tomaron el auto oficial y se dirigieron a toda velocidad a Estelle, una buena zona al sur de la ciudad, rodeada de bosques. Su auto atravesó a toda velocidad Nueva Orleans y después se adentró en la parte residencial, en la que vivían casi



exclusivamente blancos. Tardaron casi treinta minutos en llegar y encontraron el auto de policía en la puerta, con los dos agentes dentro.

—¿Qué hacen en su vehículo? —preguntó Tabita enfadada.

—Hemos llamado tres veces y no nos han abierto. Estábamos esperando órdenes —comentó el policía más grande, mientras los agentes salían del auto.

—Tenían que haber entrado, puede que la chica esté en peligro —dijo Tabita sacando su arma.

Priscila llamó a la puerta, mientras Tabita y Ray iban a la parte trasera. Nadie les contestó y la agente decidió abrirla por su cuenta. Era un caso de emergencia, y al estar en peligro la vida de una posible víctima, estaban autorizados a entrar sin una orden judicial.

El recibidor estaba completamente desierto. Priscila vio dos puertas laterales, otra al fondo y unas escaleras de madera. Ray apareció por una de ellas, la que daba a la cocina, Tabita por la del fondo, que daba al salón y que se comunicaba por unas cristalerías con el jardín. Priscila registró la otra puerta. Conducía a una sala de juegos, un cuarto de baño y una habitación de invitados, pero no vio a nadie en ese área de la casa.

—Subamos a la primera planta —dijo Tabita, mientras los dos agentes de policía se quedaban guardando la entrada.

En la zona superior había cuatro habitaciones: un despacho, cuatro baños y una salita para leer. Todo estaba intacto, impoluto, como si fuera una casa de muñecas, pero ni rastro de la chica.

Priscila llamó al celular de la joven, pero el teléfono estaba apagado.

—¿Qué puede haber sucedido? —preguntó a sus compañeros.

—A lo mejor huyó por miedo, puede que el asesino llegara antes que nosotros —dijo Ray.

—Los agentes han tardado veinte minutos, no hay signos de violencia, y tampoco nada desordenado. La única explicación es que ella se fuera voluntariamente —dijo Tabita.

—Debemos hablar cuanto antes con Margaret, tal vez ella pueda ayudarnos —dijo Priscila. Marcó el teléfono, pero tampoco respondieron a la llamada.

Los tres se quedaron pensativos. Después bajaron a la otra planta y Tabita dio aviso de búsqueda para las dos jóvenes; no habían transcurrido 48 horas, pero el caso era extremadamente grave.

—Lo único que podemos hacer es ir a San Patricio e intentar recabar información del tal Clark Madison —dijo Priscila.

La joven sabía que eso sucedía constantemente en las investigaciones. Cuando se cerraba un camino, debían buscar otro rápidamente, antes de que se perdieran las pistas y su presa se escapara.

## Capítulo 8



LA parroquia de San Patricio estaba en una zona céntrica de la ciudad, con su torre imponente y un edificio inmenso que ocupaba toda la manzana, con un convento de monjas y una escuela. Cuando los tres agentes llegaron a la iglesia y aparcaron el auto, aún se estaba oficiando la misa de las cinco de la tarde. El día había pasado velozmente, les había tocado correr de un lado al otro de la ciudad, con la sensación de ir un paso por detrás del asesino. Como si pudieran casi percibir el rastro fresco del animal salvaje que es todo asesino en serie.

Si el asesino había visto el auto en casa de Alice, posiblemente intentaría dejar la ciudad, pero si estaba suficientemente loco, permanecería en su guarida algunos días hasta que las cosas se tranquilizaran. La mayoría de los asesinos en serie, y eso lo sabía muy bien Priscila, se creían invulnerables. Su mente era como la de un niño pequeño, viviendo en sus fantasías e imaginándose inexpugnable.

El sacerdote era un irlandés pelirrojo, barbudo y joven. Uno de los más jóvenes que había visto Priscila últimamente. La iglesia estaba casi vacía, apenas media docena de mujeres desperdigadas por los bancos de madera de la amplia capilla. La agente tuvo la sensación de encontrarse en un barco a medio naufragar. Esa era precisamente su idea sobre las iglesias y la fe: lugares inseguros, en los que siempre sacudía una tormenta terrible. Aunque sabía que lo que sentía tenía que ver más con sus dudas que con una realidad comprobable.

El oficio terminó y el sacerdote se fue a la sacristía para cambiarse. Cuando salió de nuevo a la capilla, los tres agentes se acercaron a él.

—Padre... —dijo Ray alargando la palabra, para que el sacerdote la completara.

—John —dijo el sacerdote sonriente.

—Necesitamos que nos haga un favor, es cuestión de vida o muerte —dijo Priscila sin más dilación.

El rostro del sacerdote palideció y les pidió que pasaran a su despacho. Tras explicarle brevemente lo que estaba sucediendo y que necesitaban alguna pista sobre

el paradero de Clark Madison, el sacerdote miró en su computadora, se puso unas lentes pequeñas y tardó unos segundos en dar una respuesta.

—Vive muy cerca de aquí, o al menos lo hacía cuando estaba con sus padres. Es en esta misma calle, en una curiosa casa que tiene un gran faro en la fachada —dijo el padre John.

Los tres agentes salieron corriendo del despacho y se dirigieron a la casa. No tardaron ni cinco minutos en estar delante de la extraña fachada. La pared blanca estaba descascarillada, y un letrero medio caído recordaba que antes había sido una tienda de cristales. Llamaron a la puerta sin mucha fe en que nadie les abriera, pero al poco rato, un hombre de unos treinta dos o treinta y tres años se asomó sin abrir la puerta del todo.

—¿Qué desean? —preguntó el hombre. Su cara pálida, sus finos labios y unos ojos pequeños detrás de unas lentes de pasta le hacían parecer una mujer disfrazada de hombre, pero sin duda era un varón.

—Buscamos a Clark Madison —dijo Ray.

—Yo soy Clark Madison —dijo el hombre.

—¿Podemos entrar? —dijo Tabita enseñando su placa.

—No, a menos que traigan una orden judicial —dijo el hombre.

—Podemos ir a buscarla, pero entonces todo será peor para usted —dijo Ray.

El hombre se quedó pensativo unos instantes, pero después abrió la puerta. El pasillo estaba muy oscuro, pero con la luz de la calle se veía una estrecha escalera y una puerta que daba a la vieja tienda.

Caminaron en la penumbra hasta llegar a un salón. Entonces escucharon una voz de mujer que gritaba:

—¿Quién es, Clark?

—Unos amigos, madre —mintió el hombre.

Los agentes se sentaron en viejo sillón ajado de piel, y justo al lado había dos gatos negros que no les quitaban ojo.

—Ustedes dirán. ¿En qué puedo ayudar yo a la ley? —dijo Clark.

—Hemos estado investigando un caso que nos lleva hasta usted. Hace unos años fue acusado de abusos sexuales a menores —dijo Ray, esperando ver la reacción del hombre.

Clark se puso furioso, golpeó el apoyabrazo con el puño y se inclinó hacia delante.

—Fui declarado inocente. No pudieron probar nada contra mí. Esas chicas mentían, eran unas niñas perversas y malvadas a pesar de tener esa cara de ángeles —dijo el hombre.

—Cálmese —dijo Ray, únicamente vamos a hacerle algunas preguntas.

—No tengo más que hablar —dijo el hombre poniéndose en pie.

—Si no lo hace con nosotros tendrá que hacerlo en comisaría, porque pondremos una orden de arresto como sospechoso de la muerte de cinco jóvenes —dijo Tabita.

El hombre se relajó y se apoyó en el respaldo de su butaca. Priscila se adelantó hacia él y le enseñó en su iPad las fotos de las siete chicas.

—Simplemente quiero que las reconozca —dijo la joven.

—Han pasado más de diez años, no estoy seguro de poder reconocerlas —dijo el hombre.

—Haga un esfuerzo —dijo Ray muy serio.

El hombre tomó el iPad y estuvo unos segundos mirando las fotos.

—Son ellas, están muy cambiadas pero sus ojos siguen reflejando la misma maldad —dijo el hombre angustiado.

—No me venga con patrañas. Usted abusó de esas niñas hace más de diez años, seguramente por ello las dejó marcadas para siempre —dijo Ray comenzando a enfadarse.

Priscila miró a los ojos del hombre. Por unos momentos dudó de su teoría, pero un nuevo grito de la mujer de la planta de arriba le hizo perder por completo la concentración.

—¡Hijo, sube de inmediato!

El hombre se sobresaltó, y pidiendo perdón salió del salón para correr hacia la planta superior.

—¿Qué piensan de Clark? —preguntó Priscila.

—Es una estratagema. Quiere ganar tiempo. Por favor, esas niñas tenían apenas once o doce años —dijo Ray.

—No debemos descartar ninguna posibilidad —dijo Priscila.

—Se te ha olvidado lo que dice la navaja esa de Ockham —bromeó Ray.

Priscila se puso de pie ignorando el comentario de su compañero y comenzó a inspeccionar el salón. Todos los muebles y enseres, los adornos y hasta la vieja televisión cuadrada eran de los padres. Aquel hombre no tenía nada personal en la casa. Parecía cumplir muchas de las características de los asesinos en serie. La mayoría pertenecían a familias disfuncionales, habían sufrido traumas en la infancia, que habían olvidado por completo. La mayoría de esos traumas inconscientes tenían su origen en disfunciones sexuales, lo cual les convertían en violentos, retorcidos y sádicos. Todo parecía encajar en el perfil de Clark, pensó Priscila, pero no todos los niños maltratados de hogares disfuncionales se transformaban en asesinos en serie.

—¿Qué piensas? —preguntó Ray poniéndose en pie.

—Me siento confusa —dijo la joven.

—Yo lo veo claro. Este loco quería vengarse y mató a las chicas, y si no lo impedimos matará al resto —dijo Ray.

—Puede ser, pero ¿por qué ahora? Han pasado muchos años —dijo Tabita.

—Tendría miedo de sus padres, perdió la pista a las chicas o algo ha reavivado su odio hacia ellas —explicó Ray.

—Es plausible, pero siempre tiene que haber un detonante concreto. Aparentemente, las chicas ya no tenían relación entre ellas ni con el hombre —dijo

Priscila.

—¿Quién puede saber lo que les pasa por la mente a esos locos? —dijo Ray.

—Nuestro trabajo consiste precisamente en saber eso —dijo Priscila.

El hombre entró por la puerta y todos se callaron. Les miró con sus ojos pequeños; su gesto era una mezcla de vergüenza y rabia, pero logró controlarse.

—No puedo ayudarles más. Mi madre está muy enferma y requiere que la cuide constantemente —dijo Clark.

—Una última cosa —comentó Ray.

—Usted dirá.

—¿Cómo se siente un depredador sexual de niños? ¿Duerme bien por las noches?

Clark se abalanzó hacia el agente, pero este le detuvo y le derrumbó en el piso.

—Estás vigilado. Dentro de unas horas traeremos una orden judicial y te meteremos entre rejas, registraremos este cuchitril y sacaremos a esa vieja de la cama, hasta que descubramos el zulo en el que metes a las chicas.

—Suélteme —dijo el hombre mientras se revolvía en el piso.

—Como intentes matar a la chica, te retorceré el cuello —dijo Ray.

—Ellas son las peligrosas, las pillé haciendo sus ritos raros y les dije que se lo comunicaría a sus padres. Me amenazaron y cumplieron su amenaza. Yo no las toqué —dijo el hombre lloriqueando.

Priscila tocó el hombro de su compañero y le hizo un gesto para que soltara al sospechoso.

—Déjalo, Ray —dijo la joven.

El agente soltó al hombre y se puso de pie. Clark se quedó tumbado en el piso, hecho un ovillo, hasta que Priscila le dio la mano. Cuando notó la palma húmeda y sudorosa, supo que había tenido mucho miedo.

—Nos vamos, perdone las molestias —dijo Priscila.

Dejaron la casa y la joven se volvió para mirar la torre en forma de faro. Le pareció ver a alguien moviéndose entre las cortinas, pero no estaba segura. Se encaminaron por la calle hasta el auto, pero una mujer del edificio de al lado salió del portal, y mirando hacia la casa temerosa, les hizo un gesto para que se acercaran.

—Señora —dijo Ray.

—¿Han estado en la casa de los Madison? —preguntó la mujer en voz baja.

—Sí —dijo Ray.

—Ese pobre chico siempre encerrado con su madre. Los Madison son una familia extraña. Iban todos los domingos a la iglesia, pero nunca participaban de la comunión ni de la confesión. Los católicos debemos confesar y comulgar —dijo la mujer.

—Todos no son buenos católicos —comentó Ray impaciente.

—Pero cuando al chico le acusaron de abusos, salieron algunas cosas sobre la familia. Se habló de prácticas satánicas. El padre y la madre, según se rumoreaba, rendían culto al diablo —dijo la mujer.

—¿Qué quiere contarnos, señora? —preguntó Ray.

—Él fue dedicado a Satanás. Clark es un buen chico, pero cuando los demonios le poseen pierde el control. Una vez le pasó en la iglesia, y tuvieron que sacarle de la capilla mientras gritaba blasfemias —dijo la mujer.

—¿Posesión demoníaca? —preguntó Priscila.

—Sí, le trataron unos psicólogos, pero no lograron liberarle. Ya sabe que ese género únicamente sale con ayuno y oración —dijo la mujer.

—Esos son supersticiones —dijo Ray.

—Gracias, señora, por la información —dijo Priscila.

Mientras se alejaban y subían al auto, Priscila se sentía cada vez más confusa. El tiempo corría en su contra, el asesino no tardaría más de cuarenta y ocho horas en matar a su víctima, o al menos ese era el patrón que parecía seguir desde el principio. Justo en el momento en que el auto se puso en marcha, la agente recibió la llamada de Margaret Power. Al menos una de las dos jóvenes estaba viva, pensó Priscila mientras respondía al teléfono.



## Capítulo 9



MARGARET Power era la mujer más guapa que Priscila había visto jamás. Las fotos no le hacían justicia. Su cabello sedoso, liso y rubio le caía hasta la mitad de la espalda, su grandes ojos azules eran expresivos y tiernos, sus labios carnosos sonreían constantemente mostrando una dentadura perfecta, creando unos hoyuelos en sus sonrosadas mejillas. Tenía cuerpo de modelo y andaba con gracia y soltura, como si nunca tuviera prisa; parecía flotar sobre el suelo.

Cuando les vio entrar en la comisaría, se puso en pie. Llevaba una gabardina corta de color caqui, una minifalda que resaltaba sus largas y delgadas piernas y una blusa que sobresalía en parte por el cuello de la gabardina.

—Gracias a Dios ya han llegado. Estoy aterrorizada —dijo la joven, frunciendo un poco el ceño.

—¿Se encuentra bien? ¿Ha visto algo sospechoso? —preguntó Tabita a la joven.

—No, he venido en cuanto he podido —contestó Margaret.

—Temíamos por su vida, la otra joven no aparece —dijo Priscila.

—¿Qué joven? —preguntó Margaret.

Priscila dudó un poco antes de responder, pues no quería asustar a la chica, pero se enteraría antes o después.

—Alice Young —dijo Ray.

—¿Alice? ¿Qué pasa con Alice? —preguntó preocupada Margaret.

—Ha desaparecido, como sus otras cinco amigas.

La joven se derrumbó en el asiento y se echó a llorar. La presión de las últimas horas había sido demasiado fuerte.

—No puede ser —dijo Margaret entre lágrimas.

—¿Se veían mucho? ¿Mantenían relación? —preguntó Ray.

Priscila se sentó junto a la joven y le puso una mano sobre el hombro.

—Tranquila, todo va a salir bien. A usted no le sucederá nada y encontraremos a su amiga Alice —dijo Priscila.

—Hace años que no nos vemos. Perdimos el contacto al dejar los *boy scout*, ahora apenas sabíamos nada unas de las otras —dijo la joven.

—¿No escuchó de los secuestros y asesinatos de estas semanas? —preguntó Ray.

—Trabajo en un bufete de abogados de sol a sol, apenas leo los periódicos ni veo la televisión —dijo Margaret.

—¿Todas ustedes se conocían de los *boy scout*? —preguntó Tabita.

—Sí, coincidimos en varios campamentos cuando éramos crías.

—Nos gustaría que se acordara de uno en especial. Puede que sea algo desagradable, pero es necesario para la investigación —comentó Priscila.

—Sé de lo que están hablando. Todo aquello pasó hace mucho tiempo, ese tipo se pegó un buen susto y dejó de ser monitor —comentó Margaret.

El rostro de la joven se puso serio de repente, su sonrisa se congeló y su mentón parecía rígido, como si apretara los dientes.

—El tipo era Clark Madison —dijo Tabita.

—Un sátiro. Nos espiaba mientras nos bañábamos e intentó abusar de nosotras —dijo Margaret.

—Imagino que es doloroso para usted, pero ¿cree que Clark podría llegar a matar a gente? ¿Era muy peligroso? —preguntó Priscila.

—Un perverso puede llegar a hacer todo tipo de fechorías. No tiene control sobre sí mismo. Será mejor que lo encierren en algún psiquiátrico y tiren la llave —dijo Margaret.

Priscila intentó interpretar el lenguaje no verbal de la joven, pero sus gestos eran impecables, sus manos afirmaban en el momento preciso. Al fin y al cabo, era una abogada profesional.

—¿Sabe dónde puede estar su amiga? ¿Tenía algún sitio en el que refugiarse? —preguntó Ray.

—Que recuerde, tenía una abuela en Houma, una ciudad al oeste de Nueva Orleans. Puede que se haya ido a verla al asustarse. Sus padres murieron hace años —comentó Margaret.

—¿Su abuela es su única familia? —preguntó Tabita.

—Que yo sepa sí —dijo la joven.

—¿Clark les habló alguna vez de él, de su familia, de su casa? —preguntó Ray.

—No, era muy reservado y algo raro. Apenas se comunicaba, todos nos reíamos de él. No sé cómo un tipo así llegó a ser monitor de los *boy scout* —dijo la joven.

Priscila observó disimuladamente la piel de la joven, para encontrar algún tipo de marcas o tatuajes, pero no había ninguno a la vista. Después le dijo algo al oído a Ray y este la miró extrañado.

—Pero...

—Es necesario —dijo Priscila.

—Queríamos pedirle un favor —comentó Ray dirigiéndose a la joven.

—Usted dirá —contestó Margaret.

—¿Puede desnudarse en ese cuarto? Tenemos que comprobar una cosa.

La joven abrió sus ojos como platos y después, con un gesto de desprecio, les dijo:

—¡Quiero que venga mi abogado de inmediato!

Los tres comprendieron que Margaret no iba a ceder a sus peticiones. Dejaron la sala, mientras la joven decía todo tipo de improperios. Ray se encontraba impaciente por preguntar a su compañera; ¿qué mosca le había picado, para pedir una cosa tan descabellada? Pero una nueva llamada les hizo posponer su charla.

## Capítulo 10

—SE ha encontrado el cuerpo de Alice Young muy cerca de su casa —dijo Tabita a Priscila tras colgar el teléfono.

—Esta vez ha sido más rápido que en otras ocasiones —comentó Priscila.

—El asesino teme que le atrapemos y está acelerando sus acciones —dijo Ray.

Priscila y sus compañeros se entrevistaron con el comisario de policía y le comunicaron que unos agentes irían a buscar a la chica. No querían dejarla bajo custodia policial. Ahora era su cebo para conseguir atrapar al asesino.

Mientras los tres se dirigían al auto, Ray no aguantó más y le preguntó directamente a su compañera:

—¿Por qué diablos querías que Margaret se desnudara?

—Hay algo que no me encaja en su versión de los hechos. Detrás de esa apariencia de virtud hay algo oscuro y sucio —comentó Priscila.

—La intuición no es suficiente para entender la psicología de una persona —dijo Tabita.

—Tienes razón, pero hay algo en ella y en todas las víctimas que me inquieta. Ya les he comentado que es posible que fueran ellas las que manipularon la historia y expulsaron a Clark de los *boy scout* —dijo Priscila.

—Eso es absurdo, eran niñas de 11 o 12 años —comentó Ray, que estaba casi seguro de la culpabilidad del hombre.

—Pero eso no explica por qué querías desnudarla —dijo Tabita.

—A veces en brujería se hacen ciertas marcas, una especie de señales de entrega al diablo. Mucha gente piensa que tatuarse la piel es simplemente una manera de expresión corporal, pero a lo largo de la Historia los tatuajes siempre han tenido un lenguaje simbólico. Creo que ella podría llevar uno de esos tatuajes —dijo Priscila.

Sus compañeros la miraron con escepticismo. Priscila se tomaba demasiado en serio todos los temas esotéricos. El teléfono sonó de nuevo; era Marcos, había recibido un nuevo símbolo en su despacho. Esta vez por correo electrónico; el asesino

comenzaba a cometer fallos. Era mucho más sencillo rastrear un correo electrónico que una carta enviada por correo normal.

—Estupendo —dijo Priscila—, ¿puedes enviarnos una copia a mi correo electrónico?

Nada más ver el símbolo Priscila se quedó decepcionada. Era otra flor de Lis.

—Nos quiere decir algo. ¿Qué relación tiene la flor de Lis y Nueva Orleans? —preguntó Ray.

—Ninguna, que yo recuerde —dijo Tabita.

—Ya lo tengo —comentó Ray—, cómo no lo he pensado antes. La flor de Lis es el símbolo de uno de los equipos de fútbol americano, creo que es de los New Orleans Saints —dijo Ray.

—¿Un equipo de fútbol americano? —preguntó extrañada Priscila. Ella no era nada aficionada a los deportes de masas, aunque le gustaba correr por las mañanas e ir de vez en cuando al gimnasio.

—Sí, lo más curioso es que se llaman santos porque la mayoría de sus miembros son católicos y están relacionados con la Iglesia Católica por la celebración del día de Todos los Santos —dijo Ray.

—El día de los muertos —comentó Priscila.

—Puede que sea una coincidencia —dijo Ray.

—O puede que el asesino tenga su zulo en algún lugar del estadio de los New Orleans Saints —dijo Priscila.

—Pues será mejor que visitemos el sitio y salgamos de dudas —comentó Tabita.

Los agentes abandonaron la comisaría para dirigirse al estadio. Priscila esperaba resultados del rastreo del correo electrónico; si lograban dar con la computadora podrían tener pruebas contra Clark Madison y cerrar aquel caso que la estaba volviendo loca. Lo que desconocía Priscila era que todo se iba a enmarañar aún más que en las últimas horas.

# Capítulo 11

EL estadio de los New Orleans Saints estaba en el 1500 de la calle Poydras. Por fuera parecía una olla a presión a punto de estallar, por dentro era muy parecido a decenas de estadios de fútbol americano que había desperdigados por todo el país. Sin duda, aquel deporte era el más apreciado de Estados Unidos, seguramente por su rudeza. La lucha cuerpo a cuerpo era muy fuerte, pero también por la estrategia y el poder del individualismo, combinado con el del equipo. El fútbol americano definía a América, y América, de una manera simbólica, estaba representada en aquel juego de héroes y estrellas.

Los agentes pidieron a las autoridades del estadio que les entregaran un plano completo del estadio. El edificio había sido uno de los refugios durante el huracán Katrina y había sufrido sus fatídicos efectos, por eso los dueños del club se habían gastado cientos de millones de dólares en rehabilitarlo. Los últimos escándalos sobre jugadores que se vendían en el equipo había terminado por demoler la de por sí mala reputación de los New Orleans Saints, que eran de todo menos santos.

Mientras Priscila y sus compañeros revisaban los planos, uno de los gerentes del estadio no les quitaba ojo; no querían más publicidad negativa contra el club y que aquellos agentes encontraran un zulo en el que se mataba y torturaba a jóvenes vírgenes. No era precisamente la publicidad que buscaban.

Los planos eran muy complicados y hubieran necesitado un arquitecto para descifrarlos correctamente, pero no tenían mucho tiempo.

—Es imposible —se quejó Tabita.

—Tenemos que intentarlo —dijo Priscila.

—Es como buscar una aguja en un pajar —dijo Tabita separándose de la mesa.

El gerente no estaba muy dispuesto a echar una mano, pero cuando Priscila señaló los viejos sótanos debajo de los vestuarios de los jugadores, comenzó a sudar.

—¿Qué es esto? —preguntó Priscila.

—Son los viejos sótanos, en su tiempo fueron almacenes pero el huracán los dejó

inutilizados. Desde entonces están cerrados —dijo el gerente.

—¿Podríamos entrar en el sótano? —preguntó Ray.

—Ya les he dicho que no hay nada debajo de los vestuarios —insistió el gerente.

—¿Quién tiene acceso a ese lugar? —preguntó Tabita.

—En principio nadie debe bajar allí, los únicos que alguna vez lo hacen son los técnicos de mantenimiento, ya sabe, electricistas y fontaneros —dijo el gerente.

—¿Puede conseguirnos una lista de todos ellos? —dijo Priscila.

—Sí, claro —dijo el gerente. Después hizo una llamada y pidió la lista cuanto antes.

Priscila observó el rostro sudoroso del gerente; estaba claro que ocultaba algo, pero no estaba segura de que estuviera dispuesto a contarlo.

—¿Qué pasó allí abajo? —preguntó Priscila.

—Nada importante. Cosas de muchachos —dijo el gerente.

—¿Cosas de muchachos? —preguntó Tabita.

El gerente frunció el ceño. Aquella era una vieja historia olvidada y no quería sacarla a la luz.

—Si no contesta le acusaremos de obstrucción a la justicia —dijo Ray.

—Hace cuarenta años, una joven animadora llamada Mary Carpenter, una de las animadoras más guapas que ha tenido nunca el equipo, celebraba junto a los jugadores y otras compañeras una victoria. Al parecer todos bebieron más de la cuenta, era el día de Todos los Santos, ya sabe cómo se celebran esas cosas en esta ciudad —dijo el gerente.

—Por favor, continúe —dijo Ray.

—Las cosas se descontrolaron un poco. Al parecer, Mary bebió mucho y no estaba acostumbrada, era una chica recatada, de iglesia. Todos la rondaban, pero ella no se dejaba. Quería llegar virgen al matrimonio, y todo eso. Lo cierto es que aquella noche, siete jugadores la violaron salvajemente. La joven quedó traumatizada, pero llegamos a un acuerdo con ella para que no denunciara a los jugadores ni al club, pues un escándalo de esa índole hubiera hundido a los New Orleans Saints —dijo el gerente.

Priscila le miró indignada.

—Claro, era mucho más importante un maldito club de fútbol que la vida de una chica —dijo la agente.

—La joven se fue del estado con sus padres y nunca más supimos nada de ella. Desde entonces, esa zona se considera maldita, un agujero negro en nuestra historia —comentó el gerente.

Una joven muy atractiva entró en el despacho. Dejó un par de hojas sobre la mesa y salió contoneándose de la sala.

—Esta es la lista de los miembros de mantenimiento —dijo el gerente.

Ray comenzó a leerla rápidamente hasta que llegó a un nombre. Levantó la vista muy serio y todos le miraron.

—Clark Madison es electricista y está en el equipo de mantenimiento del estadio —dijo el agente.

—Necesitamos bajar ahí, ahora mismo —dijo Priscila.

El gerente tomó unas linternas y las llaves. Hacía cuarenta años él era un joven jugador de fútbol americano, aquel maldito día estaba presente en la fiesta y, por la presión de sus compañeros, participó en la violación. No había vuelto a ese lugar en treinta años, como si de esa forma pudiera borrarlo para siempre de su memoria. Ahora tendría que bajar al infierno una vez más.



## Capítulo 12



LO primero que sintieron fue un fuerte olor a humedad y putrefacción, dos olores que Priscila identificaba siempre con el mal. Enseguida le asaltaron temores infantiles de su vieja casa en Santo Domingo, de la época en la que su padre todavía no se había marchado. De aquella manera ella había percibido un mal olor en el sótano, y poco después su padre se había marchado de casa. Aquel recuerdo le hizo pensar que aquel asesino mentía de alguna manera. Al fin y al cabo, el diablo es un gran mentiroso, sabiendo marcar la perfecta dosis de mentira y verdad en sus palabras para hacerlas creíbles.

El gerente prendió la luz, pero el interruptor soltó un chispazo. Entonces encendió su linterna y se adentró en el sótano. Priscila percibió como si el mal se hubiera quedado preso entre esas cuatro paredes, pero intentó respirar hondo y olvidarse de sus temores.

Caminaron unos cinco minutos antes de llegar a una sala grande. Había algunas estanterías, trastos viejos, carteles del equipo, fotos grandes de viejas glorias del club y productos de limpieza.

El gerente miró al piso de la sala, y por unos instantes le pareció escuchar los gritos de la joven animadora suplicando que la dejaran. Se apartó la imagen de la mente y siguió caminando por el pasillo. Que él recordara, había al menos otros dos cuartos más.

Cuando entraron en el segundo cuarto, Tabita localizó algunos objetos curiosos con su linterna. Unas cuerdas atadas a un poste, manchas en el piso de lo que podía ser sangre, pero antes de los análisis aquello no eran nada más que suposiciones y sombras en medio de la oscuridad. Después de dos años en el cuerpo, uno se terminaba acostumbrando a los sitios sórdidos en los que el mal se descubre sin tapujos, pero aquel lugar parecía más espeluznante que otros en los que había estado.

En el último cuarto, un fuerte olor que no supieron identificar les revolvió el estómago. Después descubrieron una pared con fotos de las víctimas, algunos objetos

personales de ellas y en una mesa de herramientas todo tipo de cuchillos e instrumentos de tortura.

—Creo que ya podemos ordenar la detención de Clark Madison —dijo Ray.

—Bueno, por ahora únicamente son pruebas circunstanciales —dijo Priscila, logrando salir de su ensimismamiento.

—Tenemos las armas del crimen, esos botes deben de tener el veneno que empleó, el sospechoso tiene acceso a este sitio, conocía a las víctimas y tenía una razón para asesinarlas —dijo Ray algo molesto.

—¿Te acuerdas de lo que te comenté sobre la navaja de Ockham? —preguntó Priscila.

—Sí, ¿qué sucede ahora con esa maldita navaja? —preguntó Ray.

—Ockham afirmó también que, a veces, en unos pocos casos la explicación más simple y suficiente es la más probable, mas no necesariamente la verdadera. ¿Entiendes?, la más probable no es siempre la verdadera. Hay ocasiones en que la opción compleja puede ser la acertada.

—No lo entiendo —dijo Ray.

—Lo que quiere decir es que en condiciones idénticas, suelen preferirse las teorías más simples, pero en otra cuestión diferente serán las evidencias las que apoyen la teoría —le explicó Priscila.

—Pero aquí las evidencias apuntan a Clark Madison como el autor de los crímenes —dijo Tabita.

El móvil de Tabita se encendió. Apenas había cobertura y alguien le había enviado un mensaje de texto: «Margaret Power desaparecida. Cuando llegaron los agentes del FBI a la comisaría, la joven ya no se encontraba allí».

—¿Qué pone? —preguntó Priscila impaciente.

—Margaret ha desaparecido. Tenemos que detener a Clark Madison antes de que la mate.

—Pide refuerzos, vamos a su casa —dijo Ray.

Los tres agentes abandonaron el sótano, pero el gerente se quedó rezagado. Mientras subía las escaleras notó cómo sus viejas rodillas, mil veces lesionadas, apenas le respondían. Comenzó a faltarle el aire; entonces escuchó los gritos y jadeos a su espalda, como si reviviera aquella noche en el estadio después del partido. Pensó seguir ascendiendo e ignorar todo aquello, que seguramente era producto de su imaginación, pero al final se detuvo y regresó al cuarto. Abrió la puerta y notó cómo la luz en el techo ahora iluminaba la sala, pero la lámpara se balanceaba arrojando luces y sombras sobre un grupo de jugadores de fútbol americano y una joven vestida de animadora. El gerente notó que el corazón se le aceleraba y le faltaba el aire. Respiró con todas sus fuerzas, pero no logró recuperar el aliento. Entonces escuchó una voz.

—¿Viejo, has vuelto a terminar lo que empezaste?

Aquella voz espeluznante no era humana, parecía salir del piso sucio de la sala. El

gerente se puso la mano en el pecho, sintió un fuerte pinchazo y se derrumbó en el piso. Mientras su mente comenzaba a diluirse y su rostro pegado al sucio pavimento no dejaba de sudar, sintió como si todas las fuerzas del mal tiraran de él hacia el infierno; entonces su corazón se detuvo. Las luces se apagaron y todo volvió a la normalidad.

## Capítulo 13



LA casa de Clark Madison parecía tranquila cuando aparcaron su auto en la calle de la esquina. En el último momento, habían decidido que era más peligroso enviar un ejército de agentes para detener al sospechoso que intentar hacerlo ellos solos. En el edificio estaban al menos Clark Madison y su madre, aunque no descartaban que estuviera la propia Margaret Power.

—¿Llamaremos a la puerta o entraremos por la parte de atrás? —preguntó Tabita.

—Naturalmente que entraremos por la parte de atrás, si llamamos matará a la chica —contestó Ray.

—Pero no tenemos orden judicial —dijo Tabita.

—Sospechamos que se está cometiendo un crimen ahí dentro, esa es nuestra orden judicial —dijo Ray.

Dieron la vuelta por la calle lateral, vieron que detrás de la casa había un patio y lo que en otro tiempo había sido un jardín. Ray ayudó a Priscila a saltar la tapia y luego a Tabita, y después lo hizo él. Cuando los tres estuvieron en el otro lado, se aproximaron a lo que debía de ser la entrada trasera de la casa, pero estaba cerrada con llave. Al lado estaba otra puerta que debía de comunicar con la antigua tienda; también estaba cerrada, pero al menos era un tipo de cerradura muy simple, que cualquier aficionado hubiera podido abrir sin mucho esfuerzo.

Una vez dentro de lo que debió de ser en otro tiempo el taller de la parte trasera de la tienda, olfatearon olores parecidos a los del sótano del estadio. En el piso había algunas vidrieras de colores apoyadas en la pared, en un lado se acumulaba un gran montón de cristales transparentes y en una de las paredes estaban todas las herramientas cubiertas de polvo.

Accedieron a la tienda intentando hacer el mínimo ruido posible; la sala estaba en parte vacía y la luz pasaba con dificultad por los cristales opacados por el polvo. Cuando llegaron a la puerta que comunicaba la tienda con la casa, procuraron hacer el menor ruido posible.

Ray sacó su arma y las dos mujeres le imitaron.

—Yo iré a la parte superior, y ustedes registrarán la inferior —dijo Ray.

La puerta chirrió levemente al abrirse, pero cuando entraron en el pasillo lo que realmente preocupó a Ray fue la escalera de madera, y por eso decidió descalzarse y ascender con el máximo sigilo.

Priscila pasó delante de su compañera mientras ella le guardaba las espaldas. Entraron en una especie de aseo que estaba vacío, después revisaron una cocina y el salón en el que habían estado en su anterior visita.

—No hay nada —dijo en un murmullo Priscila.

—Hay otra puerta —dijo Tabita.

—El sótano —dijo Priscila, mientras un escalofrío le recorría la espalda.

Abrieron con cuidado la puerta. La puerta chirrió un poco, pero enseguida lograron entrar sin hacer mucho ruido. Había una escalera de madera desgastada y una luz al fondo. Priscila utilizó su celular como linterna, mientras descendían despacio por la escalera.

Abajo había un gran sótano repleto de cachivaches, muebles viejos, una especie de caldera de leña gigante y todo tipo de cosas. Al fondo había una mesa de herramientas y un hombre de espaldas; por la altura, el color de cabello y la ropa, parecía Clark Madison.

—¡Clark Madison, queda detenido por el secuestro y asesinato de seis jóvenes! —gritó Priscila.

El hombre se volvió lentamente con las manos en alto. No mostró sorpresa ni furia, más bien cierta tranquilidad, como si le estuvieran liberando de una pesada carga.

—Han regresado por fin —dijo Clark.

Tabita se adelantó para esposarle. El hombre extendió las manos y no opuso resistencia.

—Veo que todavía no han entendido nada —dijo el hombre.

—¿Qué tenemos que entender? —preguntó Priscila.

—Lo que han hecho ellas.

—¿Ellas? Hemos encontrado lo que guardaba en el estadio de los New Orleans Saints. Tenemos pruebas suficientes para acusarle —dijo Priscila.

—Están haciendo como hace diez años. Han conseguido inculparme de nuevo. Ustedes no saben lo que sucedió aquella noche —dijo Clark.

—Ya hará su declaración cuando le llevemos a la central. Ahora díganos, ¿dónde está Margaret Power? —preguntó Tabita.

—Las pillé mientras celebraban una misa negra. Eran unas crías pero eran diabólicas. Lo tenían todo preparado, hasta su próxima víctima, una niña llamada Lucy Summer.

—Le hemos preguntado: ¿dónde se encuentra Margaret? —preguntó Priscila.

—Y yo les estoy intentado explicar —dijo Clark enfadado.

—Continúe —dijo Priscila.

—Habían leído los conjuros y estaban a punto de hacer el sacrificio. No la iban a matar, simplemente a cortarle y sacarle algo de sangre, pero todo eso era muy grave en un campamento de los *boy scout*, de chicas de iglesia, hijas de buenas familias católicas de Nueva Orleans. Les quité el cuchillo y les dije que se lo diría a sus padres. Alice me comentó que ellos le obligaban a hacerlo, yo no la entendí. En ese momento no, ahora sí. Hablaba de espíritus diabólicos, pedían sacrificios en ese macabro ritual, para su señor, tenían que aumentar el poder del hijo de Simbo Dlo —dijo Clark.

—¿Las niñas practicaban vudú? —preguntó Tabita.

—Sí, a varias las habían iniciado sus cuidadoras, las nanas negras que las criaron —dijo Clark.

—¿Por qué le acusaron de abusos sexuales? —preguntó Priscila.

—Ellas querían librarse del castigo y me acusaron falsamente —dijo Clark.

—Eso es mentira —dijo una voz a sus espaldas.

Ray apareció con Margaret por la escalera.

—No es mentira, maldita bruja —dijo Clark.

—Hemos encontrado muerta a la señora Madison —dijo Ray.

—¡No! ¿Has matado a mi madre, maldita? —dijo Clark abalanzándose sobre la joven, pero Ray se interpuso entre los dos y derrumbó al hombre.

Las dos agentes rodearon a Margaret. Ray levantó la cabeza y les dijo:

—He encontrado a Margaret atada, en uno de los cuartos. En otro estaba la señora Madison con el cuello partido.

—¡Asesina! Me prometiste que no harías nada a mi madre —dijo el hombre con lágrimas en los ojos.

Los agentes del FBI irrumpieron en la casa y registraron cada palmo. Clark fue conducido a la central con una fuerte escolta y se facilitó un psicólogo a Margaret Power.

Cuando Priscila y Ray llegaron al hotel aquella noche, estaban agotados. No era sencillo mantener la tensión durante horas y después simplemente relajarse.

—Mañana volamos de vuelta a Miami —dijo Ray.

—Sí —dijo Priscila sin mucha ilusión.

—Veo que sigues dando vueltas al asunto. Algunos casos no se resuelven totalmente, no siempre podemos dejar claro hasta el último punto —dijo Ray.

—Será mejor que me bañe, nos vemos en un rato en el restaurante —dijo Priscila.

Entró en su habitación y comenzó a quitarse la ropa mientras calentaba el agua y preparaba la ropa. Tuvo que pasar dos veces cerca de la puerta antes de ver el sobre. Era un sobre grande, de color blanco, estaba lacrado con una cera roja, como las antiguas cartas de película. Se sentó en la cama y rompió el sello en el que estaba impresa una flor de Lis. Dentro había varias cosas: una foto algo vieja en la que se veía a siete chicas vestidas de *boy scout*. Pudo reconocer a todas las chicas asesinadas

y a Margaret. La joven estaba en el centro de la foto, con una sonrisa malévolamente. A un lado se encontraba Clark Madison, pero lo que más le inquietó fue una figura movida en la foto; parecía humano, pero al mismo tiempo no lo era.

Abrió una carta doblada y comenzó a leer:

*Agente Priscila:*

*Cuando la conocí hace unas horas enseguida pude ver que tenía una sensibilidad especial, que no creía lo que veían sus ojos, que un sexto sentido le indicaba que esto es mucho más que un caso de asesinatos.*

*Hace más de diez años que arrastro el miedo que me produjeron aquellas niñas la noche de Todos los Santos. Una noche de brujas y maldad que muchos se empeñan en celebrar como una fiesta de juegos y niños disfrazados. Hace unos meses volví a ver a una de esas niñas: Margaret Power. Apareció de repente en el estadio, su bufete había alquilado un gran palco privado y ella estaba con unas amigas. Yo intenté esquivarla, pero ella me siguió y me abordó cerca del sótano. Yo había entrado en ese sitio un par de veces, pero ella me contó la sórdida historia de la animadora y su violación. Me sedujo allí mismo y me hizo jurar que la ayudaría a celebrar una ceremonia para dar poder al hijo bastardo de aquella pobre mujer.*

*Al principio disfruté de ella, era joven y bonita, pero me obligó a ayudarla a engañar a sus amigas, llevarlas al sótano y torturarlas, pues todas debían morir para que se completara el ritual que diez años antes yo había logrado detener. Cuando intenté detenerla, me amenazó con asesinar a mi madre.*

*Si está leyendo esta carta es porque se ha salido con la suya; yo también soy culpable, pero he guardado una prueba irrefutable contra ella en el único lugar que he pensado que ella nunca lo buscaría. En el antiguo campamento de los boy scout en el Bogue Chitto National Wildlife Refuge. En este sobre encontrará la llave para entrar en el edificio principal. La prueba está debajo de la plataforma de la capilla, quite el listón de madera junto al piano. Por favor, detenga a esa loca diabólica.*

*Clark Madison*

Cuando Priscila terminó de leer la carta se puso una sudadera, tomó su arma y se acercó a la habitación de su compañero. Llamó a la puerta y Ray salió a medio vestir.

—¿Qué sucede? —preguntó el agente.

—Necesito las llaves para un asunto urgente —dijo Priscila.

—¿Dónde tienes que ir? —preguntó Ray extrañado.

—Es un asunto personal.

—Tiene que ver con el caso, ¿verdad? —preguntó Ray.

—¿Vas a darme las llaves? Tengo que comprobar una cosa, pero tengo que

hacerlo sola. ¿Entendido?

Ray le dio las llaves y Priscila salió precipitadamente de la habitación. Tenía que demostrarse a ella misma que no tenía miedo de nada y que lo único que veía en su cabeza eran fantasmas, recuerdos de su niñez y juventud.

Cuando el auto salió de la zona urbana de Nueva Orleans hacia el norte, Priscila sintió un cosquilleo en su barriga. Enfrentarse sola en una zona de campamentos abandonada, en mitad de un bosque, era la mejor forma de exorcizar todos sus temores.



## Capítulo 14



PRISCILA había estudiado varios casos en los que al final se había acusado a inocentes, pero siempre había pensado que nunca le sucedería a ella. La sola idea de que pudiera tener a un inocente entre rejas mientras una asesina campaba a sus anchas le atormentaba.

A medida que se aproximaba al campamento, el cielo comenzó a cubrirse de nubes, y primero gotas dispersas y después un gran aguacero se desató en el camino. El automóvil apenas podía expulsar todo el agua que golpeaba contra el parabrisas, pero Priscila intentó no apartar la vista de la carretera.

Afortunadamente, el camino estaba muy bien indicado y únicamente una carretera comunicaba la autopista con la zona de campamentos. Cuando llegó al límite del camino, un gran cartel medio caído le indicó que estaba llegando al Bogue Chitto National Wildlife Refuge.

El auto patinaba sobre la grava, pero Priscila mantuvo el control hasta llegar al edificio principal, un gran edificio de madera en forma de granero. Alrededor había tres o cuatro barracones a los que el velo de agua tapaba casi por completo. Todavía se percibía algo de luz, aunque Priscila logró guiarse por la linterna de su celular, saltando entre charcos hasta llegar a la zona del porche. Se detuvo unos instantes allí, sacudió su ropa ligera y veraniega totalmente empapada y escurrió su cabello largo y moreno.

Cuando empujó la puerta de la capilla, esta cedió sin esfuerzo, y después se introdujo en el edificio. Un calor bochornoso se apoderó de ella. Una vez dentro comprobó que el abandono ya comenzaba a hacer mella en algunas partes del edificio. Diferentes goteras chorreaban por algunas partes de la capilla y varios bancos estaban rotos, como si el edificio hubiera sido usado para algunas juergas nocturnas. Se aproximó a la plataforma, se agachó junto al piano e intentó mover las maderas, pero todas parecían sólidamente clavadas.

Buscó algo con lo que hacer palanca, pero lo único que tenía al alcance era un pie

de micrófono, lo metió entre las rendijas de los listones de madera y uno de ellos cedió con facilidad. Enfocó el teléfono, pero no vio nada. Introdujo la mano y tanteó por debajo del suelo de las plataformas, hasta que al fin tocó algo envuelto en una tela. Lo intentó atrapar con los dedos, pero se le escapó varias veces.

—Veo que ese sucio bastardo de Clark guardaba un as debajo de la manga — escuchó una voz a su espalda.

No tuvo que volverse para saber de quién se trataba. Margaret Power la había seguido. Cuando al fin se giró y la enfocó con el teléfono, el rostro de la joven brilló en medio de la oscuridad. Priscila no sabía si era un efecto óptico, pero el rostro de la chica reflejaba un odio que ella nunca había visto antes.

—¿Creías que escaparías de la justicia? —preguntó Priscila. En ese momento sintió su pistola en el costado e intentó pensar cómo desenfundar y disparar a la joven antes de que ella la matara.

—No podías conformarte con tu medalla. La joven agente del FBI resuelve dos casos importantes en apenas dos meses. Te hará famosa y enseguida te ascenderán, pero querías algo más. Conocer más de la cuenta, pero las personas que se inmiscuyen siempre salen mal paradas. Este asunto te supera —dijo Margaret.

—Tienes razón, únicamente soy una pobre inmigrante, alguien sin importancia pero que sabe leer entre líneas —dijo Priscila.

—¿Cuándo sospechaste de mí? —preguntó Margaret intrigada.

—Cuando conocí a Clark. Sin duda tiene muchos complejos y trastornos, pero no es un asesino en serie, te lo aseguro. Su carácter es débil e influenciable, siente empatía por la gente.

—Bueno, eso te hizo no sospechar de él, pero ¿por qué pensaste en mí? —dijo Margaret.

—El día que te conocí sentí enseguida lo fría que eras. Un corazón de hielo y una mirada gélida. No te impresionó que tu amiga muriera, aunque después reaccionaste llorando un poco para seguir interpretando tu papel —dijo Priscila.

La joven se acercó furiosa. Aquella mosquita muerta le sacaba de quicio. Estaba claro que no sabía a qué fuerzas se enfrentaba.

—Yo simplemente sirvo a Abadón, soy la que anuncia su camino. Los espíritus guías me han ordenado que mate a siete jóvenes vírgenes, pero yo solo conocía a seis, aunque mi espíritu guía me indicó que él me facilitaría la séptima víctima. ¿A que no sabes quién será la séptima víctima?

—Me hago una idea —dijo Priscila intentando transmitir seguridad. Aquella loca tenía intención de matarla, aunque si lo entendía bien, no lo haría pegándole un disparo, pues tenía que cumplir su ritual.

—Saca con dos dedos tu pistola, no quiero que sufras daño antes de tiempo.

Priscila obedeció, después dejó el arma en la plataforma y lo empujó hacia la joven.

—Ponte tus esposas —dijo Margaret.

La agente las desenganchó de su cinturón y antes de ponérselas intentó pensar; si lo hacía no podría resistirse a la mujer, pero si no lo hacía le dispararía.

—¿Por qué una buena chica de iglesia está metida en cosas de ocultismo? —preguntó Priscila.

—Te sorprendería lo que hay detrás de las fachadas de muchas buenas familias. Mi nana me introdujo en el vudú; primero lo tomé como un juego, por eso se lo enseñé a mis amigas, pero Clark estuvo a punto de echarlo todo a perder cuando nos descubrió aquí mismo, la noche de Todos los Santos.

—Si te entregas, podrás alegar enajenación. Sin duda no estás bien, pero pueden ayudarte —dijo Priscila.

—El vudú no es un cuento. Ahora completaré el ritual y nadie podrá detener a Abadón.

Priscila intentó apartarse cuando Margaret la agarró del cabello, pero no pudo. La joven la arrastró por la plataforma y la tumbó en el piso. La agente temblaba de miedo, sus peores pesadillas se estaban haciendo realidad. Intentó orar, únicamente Dios podía librarle de un trance así.

—«Dios, si existes, líbrame de esta mujer y de todos los demonios que la gobiernan» —susurró la joven.

—¿Qué murmuras? —preguntó la joven fuera de sí, como si su voz se hubiera transformado de repente en algo infernal.

—No lo conseguirás, te atraparán —dijo Priscila.

—¿Crees que eso me importa? He matado a seis chicas a las que quería, pero a veces mi amo pide cosas duras y difíciles. No me importa morir, porque sé que él me recibirá a su lado —dijo la joven.

—No lo hagas, pediré que te concedan cumplir tu condena en una clínica. Estás enferma —dijo Priscila.

—No estoy enferma. Una enferma no planea las cosas que yo planeé. Cada asesinato, el usar el veneno, enviar las marcas, inculpar a ese pobre diablo de Clark.

Margaret encendió varias velas, después dibujó debajo de Priscila un pentagrama y comenzó a decir unas cosas inconexas en algo parecido al latín. Después, con un cuchillo le rasgó la blusa, después el pantalón y acto seguido comenzó a hacerle pequeños cortes en las piernas.

—Para, por favor —empezó a suplicar Priscila.

La joven no le hizo caso, totalmente hipnotizada por el ceremonial. En un momento, un olor desagradable inundó la sala. Una sombra recorrió los bancos desde la entrada, parecía una corriente de aire, pero la puerta estaba cerrada. Cuando se aproximó a ellas, Priscila pudo ver claramente el rostro ensombrecido de un ser repulsivo.

—¡Dios mío, sálvame! —gritó Priscila.

—No te salvará. Estás lejos de Él y eso es algo que no perdona —dijo el espectro.

Priscila cerró los ojos y a su mente vino la imagen de su madre, a muchas millas

de allí, de rodillas orando por ella. Entonces la puerta se abrió, dos sombras entraron en la capilla y se lanzaron a ambos laterales de la capilla. La joven se dio la vuelta, tomó la pistola y comenzó a disparar.

—¡No me detendrán! —gritó Margaret, y comenzó a disparar.

El espectro se dirigió hacia ellos con toda su fuerza, pero Priscila comenzó a orar y a mitad de camino se volvió contra ella. Las dos figuras respondieron a los disparos y durante unos segundos se escucharon varias detonaciones en la capilla.

—No me pararás, maldita —dijo el espectro, pegando su rostro fétido al de la agente.

Priscila sintió ganas de vomitar, pero unos segundos más tarde el espectro desapareció. Cuando la agente levantó la vista, observó el cuerpo inerte de Margaret Power.

Tabita y Ray se aproximaron a Priscila. Después, Ray liberaba a su compañera.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Ray.

—Sí —dijo Priscila poniéndose en pie.

Ray le ofreció su chaqueta y la joven notó cómo su cuerpo se templaba de nuevo, dejando de tiritar.

—¿Estás loca? ¿Por qué viniste sola? —preguntó Ray.

—Era la única manera de que ella se atreviera a seguirme. Sabía que lo haría, pensaba que Clark me había dejado alguna prueba contra ella —dijo Priscila— cuando desenvolvió el paquete. Únicamente encontró algunas de las cosas que las niñas usaron para hacer su ritual: los muñecos de vudú, una daga y otros objetos.

—Creo que Clark es menos inocente de lo que parece, le tendió una buena trampa —dijo Ray.

Cuando salieron al exterior, el olor a humedad inundó de olores su olfato. Priscila percibió el olor a vida que desprendía todo lo que le rodeaba y pensó que al menos aquel día amanecería un día nuevo lleno de esperanza.

## Epílogo



CERCA del Barrio Francés, una joven australiana bromeaba con un par de apuestos chicos negros. La calle estaba repleta de gente que disfrutaba de uno de los famosos desfiles de la ciudad. Entre los dos chicos lograron convencerla para que les acompañara hasta un apartamento, que los dos tenían alquilado, para beber alguna copa.

Cuando los chicos comenzaron a caminar por el callejón, uno de ellos le preguntó a la chica:

—¿Todavía eres virgen?

La chica sonrió pícaramente, después miró a los dos jóvenes y les dijo:

—He venido a Nueva Orleans a resolver ese problema.

Los jóvenes se sintieron agradecidos a sus loas que les habían indicado la chica apropiada entre la multitud de jóvenes que se acercaban a la ciudad. Cuando llegaron al apartamento, ya estaba preparado todo para el ceremonial. La séptima chica para el sacrificio al fin estaba dispuesta.



MARIO ESCOBAR GOLDEROS (Madrid, España. 23 de junio de 1971), es un novelista, ensayista y conferenciante. Licenciado en Historia y Diplomado en Estudios Avanzados en la especialidad de Historia Moderna, ha escrito numerosos artículos y libros sobre la Inquisición, la Reforma Protestante y las sectas religiosas. Publicó su primer libro *Historia de una Obsesión* en el año 2000.

Es director de la revista Historia para el Debate Digital, colaborando como columnista en distintas publicaciones.

Apasionado por la historia y sus enigmas ha estudiado en profundidad la Historia de la Iglesia, los distintos grupos sectarios que han luchado en su seno, el descubrimiento y colonización de América; especializándose en la vida de personajes heterodoxos españoles y americanos. Su primera obra, *Conspiración Maine* (2006), fue un éxito. Le siguieron *El mesías Ario* (2007), *El secreto de los Assassini* (2008) y *la Profecía de Aztlán* (2009). Todas ellas parte de la saga protagonizada por Hércules Guzmán Fox, George Lincoln y Alicia Mantorella. *Sol rojo sobre Hiroshima* (2009) y *El País de las lágrimas* (2010) son sus obras más intimistas.

También ha publicado ensayos como *Martín Luther King* (2006) e *Historia de la Masonería en Estados Unidos* (2009). Sus libros han sido traducidos a cuatro idiomas, en formato audiolibro y los derechos de varias de sus novelas se han vendido para una próxima adaptación al cine.